



SUSANA.

Un lirio entre las espinas.
(*Cantar de los Cantares, II.*)

LA castidad tiene sus mártires, y la calumnia tiene sus víctimas. Es hermoso llegar hasta la pureza de los ángeles, á pesar de los ardores y de una fragilidad que ellos no conocen: es glorioso el tener una alma inaccesible al temor, y salvar el honor á riesgo aún de la reputación, el mas rico de los tesoros despues del de una buena conciencia. Pero vencer al placer y á las amenazas, espirar con todo el mérito de una virtud desco- nocida, con toda la afrenta de una mancha en apariencia legítima; so- portar el peso de una suerte semejante, sin doblarse ni en su interior, ni ante la opinion, esto es el supremo esfuerzo del heroísmo. Y cuando este heroísmo se manifiesta en criaturas sobre las cuales Dios parece haber derramado á manos llenas el encanto de las gracias exteriores y la sensi- bilidad, como una compensación y una excusa de la flaqueza, estas cria- turas encubren con esta mezcla de magnanimidad y de gracia proporci- ones superiores, que imponen no sé qué afectuosa veneración.

A la verdad los sucesos no siempre concurren á corregir la sentencia dada por un estravio de justicia, ni á rehabilitar oportunamente en la es- timación pública á los que la calumnia destructora habia cubierto de in- famia. Mas con todo, no debe olvidarse que Dios domina la perversidad

humana, y la pone límites. Los opresores están siempre bajo el poder de su brazo: él los agita por una turbación secreta, pues la sangre no duerme, como decía un verdugo, y ni aun después les da Dios la certeza de una seguridad durable. Y en efecto, á veces se levanta de sus mismas obras una luz imprevista que aclara su trágica oscuridad, y confundidos por este testimonio inesperado de la Providencia, expian su fortuna de un día por la maldición de siglos. Esta ley, que aterra á los malvados y alienta á los buenos, se halla impresa de un modo particular, y brilla con una claridad extraordinaria en la historia de Susana, ejemplo ilustre de las pruebas que fatigan la virtud y de los triunfos que le están reservados.

En tiempo de la segunda cautividad de los judíos, habia en Babilonia un personaje de su nacion llamado Joakim, cuya muger si era grande en hermosura, era mas grande todavia en la virtud. Pertenecia por su origen á la tribu de Judá, la cual con la prerogativa del mando, habia conservado hasta entonces la pureza de la antigua fé. Llamábase Susana, que significa *lirio*, nombre que se le habia dado en la infancia, á causa sin duda de sus gracias infantiles; pero le mereció después con doble motivo á causa de la belleza de su alma y del brillo de sus virtudes. Sus padres la habian educado en los sentimientos de la religion y de la justicia; y así ella conservó siempre el temor de Dios y el respeto de su ley santa, frutos dichosos de una buena educacion, preciosas riquezas que son el mejor patrimonio de los hijos, y la mas bella recompensa de los cuidados de sus padres y de sus maestros.

Joakim era muy rico, y le habian conducido á Babilonia en rehén algunos años antes de la catástrofe que abismó toda su nacion en los hierros de la esclavitud; pero le habia quedado su fortuna, de la cual se valia para socorrer á sus compañeros en medio de las privaciones del destierro: su casa y sus jardines les estaban siempre abiertos, y aun servian de punto de reunion para administrar la justicia. Porque la política de los vencedores babilonios habia dejado á los vencidos alguna imagen de la patria, y continuaban en rejir se por la ley de Moisés en materias especiales, de las que conocia esclusivamente el tribunal judío. Este tribunal, como en los bellos dias de Israel, se componia de ancianos del pueblo; porque se creía que la esperiencia es la luz del consejo, y que la edad, haciendo conocer los hombres y las cosas, enseña á dominar á aquellos y á dirigir á éstas. Pero un año hubo en que se habian nombrado por jueces á dos viejos, que solo se hacian recomendables por una falsa apariencia de sabiduría. Eran de aquellos hombres de quienes Dios dijo en alguna parte: "La iniquidad se ha manifestado en Babilonia;

los viejos descarriaban el pueblo en vez de conducirlo." Naturalezas enfermas é ingratas, que habian atravesado la vida y la desgracia sin conocer las lecciones de la una y sin practicar los deberes de la otra.

Aquellos viejos iban con frecuencia á la casa de Joakim, á donde acudian tambien los judíos implicados en algun negocio. Empleábase la mañana en consolar á los afligidos y en juzgar los asuntos contenciosos. Sobre el medio día retirábase el pueblo, y Susana bajaba al jardin para dar un paseo. Los dos magistrados quedábanse alli algun tiempo después de salida la multitud, como hombres ocupados de graves intereses, y que ventilaban entre sí con mas detencion de intimidad negocios que, en pleno tribunal se discuten con mas reserva y no con tanta minuciosidad. Allí veían ellos á Susana como entraba y se paseaba cada dia por el jardin. Olvidaron que la discrecion conviene á todas las edades, pues que es una desconfianza de sí y un respeto á otro. Porque, de una parte, solo la muerte pone término á la severa guarda que debemos ejercer sobre nosotros mismos: la vejez, debilitando las fuerzas tanto para el bien como para el mal, nos sirve de endeble garantía contra la fragilidad original, y la libertad puede á cada momento reanimar con un soplo un incendio que los años adormecen con su curso, pero que no estinguen. De otra parte, toda alma, y sobre todo las almas puras, tienen un derecho en pasar por el mundo sin que se tiendan lazos á su inocencia, como aquellas flores cuya delicadeza de tejido las protege en cierto modo contra la indiscrecion, y que no nos atrevemos á tocarlas por temor de que se marchiten: el hombre noble y generoso aborrea á cuantos le rodean los peligros que pudiera producir para su caída, y les cubre con el manto de su respeto para sustraerlos á su tiranía y á sus apetitos.

Pero no fué tal la conducta de los dos viejos; y así un pronto castigo siguió á su imprudencia. Deslizóse en sus entrañas una violenta pasión, como corre un torrente que ha roto su dique. Trastornado ya el sentido, su mirada se desvió del cielo, como sucede á todos los hombres que tienen ser importunados en el crimen por los justos juicios de Dios. ¡Triste y flaca humanidad! Agitase la adolescencia bajo los impulsos de pasiones sensuales, y vuelve á cargarse veinte veces con los grillos que veinte veces ha rompido: el tumulto de los negocios públicos y de los intereses privados no siempre sofoca al oído del hombre maduro la voz de los placeres proscritos, y la vejez, apenas segura de sí misma, espira, luchando como un buque medio destrizado que llega al puerto con el soplo de una tempestad. ¡Feliz, pues, aquel que desde el seno de esta prolongada tormenta tiene alzados los ojos hacia Dios, á fin de no perder el conocimiento del peligro ni el valor de la resistencia! Cuando

las almas fuertes y sostenidas por el enérgico poder de sus convicciones no siempre afrontan impunemente mares llenos de escollos y famosos por tantos naufragios, ¿qué no han de temer las almas muelles, que no sostienen ni el sentimiento del deber, ni la idea del porvenir?

El contesto de las Sagradas Letras manifiesta claramente que la pasión de estos ancianos envilecidos era una propensión sensual que se desarrolla en la baja atmósfera de las groseras impresiones, y no aquel sentimiento noble, elevado, que nos hace superiores á nosotros mismos, y que en el órden terrestre, aunque no sacia el corazón, es el que mas se acerca á las inspiraciones de la virtud. No hay asunto en que todo el mundo se crea con tanto derecho de ser crítico, como el amor, dice una ilustre escritora de nuestro siglo: esta palabra despierta en cuantos la oyen tantas ideas diversas, cuantas son las impresiones de que son susceptibles. Muchos no han conocido ni el amor á la gloria, ni el espíritu de partido, pero ¿quién hay que no crea haber tenido amor? Mas esta pasión verdadera es la mas rara, porque es la mas destituida de egoísmo. El amor es el embeloso de la vida y el encanto de la naturaleza; y como la intensidad de la dicha no guarda proporcion alguna con la incertidumbre, rapidez y caducidad de la fruición, por esto la idea del amor es casi inseparable de la idea de la muerte, y el amor y la muerte se comparan en la fuerza de su actividad. Tratamos ahora del amor pasión, que lleva á la melancolía, que se resiste al gracejo, y que hace pensar en la muerte en sus mas felices instantes. No consideramos, pues, en el amor sino el sentimiento, y éste le hace ser pasión. Y así no hay amor en las obras de agudo ingenio, ni en los festivos caprichos de la fantasía, ni son amor los antojos de la coquetería, ni los atractivos de la belleza, ni los deseos de conquistarla. Es tan raro el penetrar el verdadero amor del corazón, que casi se pudiera decir que los antiguos no han tenido de él una idea completa. Apenas se halla pasaje en que el sentimiento tenga toda su fuerza con entera independencia de los sentidos. Los antiguos habian pintado la ternura filial, la amistad, Orestes y Pilades, Niobe, la piedad romana, todos los demas afectos del corazón nos fueron transmitidos con los verdaderos sentimientos que los caracterizan: el solo amor se nos ha presentado con los rasgos mas groseros, como inseparable de la voluptuosidad y del frenesí. Este es un cuadro y no un sentimiento: una enfermedad mas bien que una pasión del alma. Lo que en nosotros se llama propiamente amor, dice otro no menos ilustre contemporáneo, es un sentimiento del que hasta el nombre ha ignorado la remota antigüedad. Solo en los siglos modernos hemos visto formarse esta mezcla de los sentidos y del alma, y esta especie de amor, cuya base moral es la

amistad. Aun la misma perfeccion de este sentimiento se debe al cristianismo, el cual procurando incesantemente purificar el corazón, ha legado á espiritualizar hasta las mismas inclinaciones, que parecian menos susceptibles de serlo, y esta pasión moderna, por decirlo así, ha derramado sobre las creaciones del genio bellezas antes no conocidas." Otro escritor, acomodándose mas al modo con que el común de los hombres siente esta pasión tempestuosa, y haciendo abstracción del amor, considerado puramente como sentimiento, se expresa así: "El amor que quedó personificado en la muger como una tentación perenne, es aquel amor que bajó del cielo puro como la inocencia, pero que rozando despues del crimen con un poco de barro inmundado, ha venido á ser uno de aquellos deleites inexplicables que participan del cielo y de la tierra, de lo mas sublime y de lo mas frágil que tiene el hombre."

Por lo demas, los dos viejos quedaron por algun tiempo bajo el imperio de la misma impresion que les preocupaba, sin hacerse, empero, la mútua confesion de su estado. El rubor no les hubiera permitido el hacerse la revelacion de una herida, que si bien está en la condicion humana el recibir, pero era de su deber cicatrizar; porque hasta en su caída conserva el alma algun recuerdo de órden y de grandeza, por donde puede levantarse de nuevo, y escapar á lo menos del oprobio de un abatimiento continuo. Alimentaban, pues, en secreto su pasión criminal, y cada uno de ellos buscaba ocasion de embestir á Susana en particular. Un dia dijo el uno al otro: "Volvamos á casa porque es la hora de comer." Salen en efecto del jardín, y se separan. Pero esto no era mas que un disimulo, pues muy pronto vuelven y se encuentran. Entonces se hizo indispensable una explicacion, se preguntan y se declaran el motivo que allí vuelve á conducirlos. Desde que esta confidencia hubo hecho caer la única barrera que pudieran aún detenerlos, el crimen quedó decidido. Parten, pues, despues de haber resuelto escojer un momento en que Susana se hallaria sola. Hay en el mundo moral un límite que nadie traspasa sin que al momento mismo se sienta arrebatado hácia el mal con todo el peso de su desviada energía, como un cuerpo escapado á la fuerza que le retenia en un sistema, huye hácia espantosas profundidades con una rapidez acelerada por su propio volumen y por la distancia.

Por mucho tiempo buscaron los viejos una circunstancia oportuna, y la descubrieron por fin. ¿Qué no pueden dos voluntades perversas, cuando unen su audacia, que no tiene ya freno, en la ilusion viva de una común iniquidad? Un dia Susana habia entrado en el jardín, segun tenia de costumbre, acompañada de dos de sus doncellas. Los viejos, ocultos

á la vista de todos, estaban atisbando todos los pasos de su víctima. Como el calor se hacia sentir, Susana queria bañarse, y dió orden á sus mugeres que le trajesen esencias aromáticas y perfumes, y que se retirasen, despues de haber cerrado cuidadosamente las puertas del jardin. Las criadas obedecieron á su señora, y salieron por una puerta secreta que conducia á la casa, sin que ninguna de ellas sospechase que hubiese que temer el menor peligro.

Retiradas ya las doncellas, los prevaricadores dejaron ya el lugar en que estaban escondidos, y no tuvieron en hacer á Susana culpables proposiciones: probaron desalentar su virtud, y prevenir su resistencia con la amenaza de una venganza tan cobarde como cruel. "Declaramos públicamente, dijeron, que aquí habia un jóven, y que por esto habeis despachado á vuestras criadas." En verdad, si la adolescencia, devorada por la fiebre de la edad, y descarriada por sentimientos nuevos aún é indisciplinados, viene á sucumbir en la lucha contra sus pasiones, merece la mas severa reprobacion, porque ha libremente hecho traicion á su Dios y á su deber; pero se debe compadecerla, porque de ordinario ha sido combatida por un violento huracan, y puede muy bien resarcir esta solitaria debilidad por las brillantes virtudes de la edad madura. Pero el viejo, cerrando el oido á los avisos del sepulcro, abre su corazon á los pensamientos criminales, y haciendo traicion á los mas sagrados deberes, encubre bajo la confianza que inspiran sus canas los vergonzosos designios de un corazon pervertido, ¿qué nombre darémos a esta asquerosa amalgama de perversidad y de decrepitud?

Susana, midiendo toda la gravedad del peligro, arrojó un profundo suspiro, y dijo con tanta discrecion como virtud: "Por todos lados me cercan las angustias; porque si condesciendo á vuestra demanda, será una muerte para mí, y si no lo hago, no me libraré de vuestro furor. Pero vale mas esponerse sin crimen á vuestra venganza, que el cometerle delante de Dios." Efectivamente, merecer el castigo, abraza la falta y el oprobio; pero sufrirlo no mas, sobre todo cuando no se merece, es simplemente una desgracia, que será en todo caso recompensada en el porvenir. Susana arrojó un fuerte grito clamando socorro. Los viejos, viéndose descubiertos, gritaron tambien á fin de enganar á los que llegasen, y procurarse un medio de acusacion contra su víctima. Y hasta uno de ellos fué á abrir la puerta exterior del jardin, para dar á entender que acababan de entrar, ó más bien, que el supuesto jóven, que debia figurar en esta fábula, acababa de salir por allá. Los criados de la casa, oyendo los gritos por la parte del jardin, corrieron por la puerta secreta para ver lo que era. Entonces los viles y cobardes viejos levantaron su voz calum-

niadora, y acusaron á Susana, como lo habian proyectado. Los criados quedaron avergonzados y confusos, porque apreciaban á su señora, y nunca jamas habian oido decir de ella una cosa semejante; pues no solamente era pura la vida de Susana, sino que era pura su reputacion, gozando de aquella integridad, que es como el natural esmalte y la recompensa terrestre de la virtud.

El dia siguiente el pueblo se reunió como de costumbre en la casa de Joakim, y vivieron tambien allí los viejos, decididos á entablar acusacion formal contra la noble matrona que habia osado resistir á sus sugestiones infames. Dijeron, pues, en presencia del pueblo: "Envíese á llamar á Susana, hija de Helcias, muger de Joakim." Temian sin duda que los retardos no viniesen á alumbrar el misterio de su tenebrosa malicia. Preséntase, pues, Susana, acompañada de sus padres é hijos y de todos sus parientes. Estos y cuantos la tenian conocida, no podian creer su culpabilidad, y derramaban amargas lágrimas. Susana, tan modesta como bella, habia cubierto su faz con un velo; pero los injuriosos viejos se lo hicieron quitar, bien sea para que el rubor de su modestia apareciese como una conviccion de delito, ó bien para cebar en su hermosura los ávidos y criminales ojos. Y levantándose despues en medio de la asamblea, estendieron sus manos sobre la cabeza de Susana, pues de este modo los denunciadores debian prestar el juramento y atestiguar su veracidad en las causas capitales. La acusada alzó llorando sus miradas hacia el cielo, testimonio incorruptible de la inocencia, y última esperanza de la virtud desgraciada.

Entonces los dos perjuros refirieron la vergonzosa fábula que habian imaginado. "Paseándonos solos por el jardin de Joakim, dijeron, entró en el Susana con dos mugeres que despachó luego, dándoles la orden de cerrar las puertas. Tranquilos nosotros y retirados, nada podia hacer sospechar nuestra presencia; pero de repente se dejó ver un jóven hasta entonces oculto, de lo cual se indignó nuestra virtud. Quisimos cojer al culpable, pero jóven y mas robusto que nosotros, se escapó de nuestras manos fácilmente, abrió la puerta exterior y tomó la fuga. Pudimos sí cojer á Susana, pero no quiso nombrar á su cómplice. De este suceso somos nosotros testigos. En suma, ella es adúltera, y debe morir." Tales fueron la deposicion y el dictámen fiscal de los dos viejos, que hicieron á la sazón el papel de acusadores, de testigos y de jueces. Esto era contrario á las reglas de la mas vulgar equidad, y era particularmente contrario á las disposiciones de la legislacion judia, que daba al acusado una porcion de garantias contra el peligro de los falsos testimonios. Así que, los dos viejos hubieran debido parecer sucesivamente y no á la vez,

á fin de que sus deposiciones respectivas sobre las diversas circunstancias del crimen, pudiesen tener un contrapeso eficaz, y por consiguiente un valor real. Además, el temor de la lentitud en el castigo, que hace sufrir tan horriblemente á los culpados, tampoco autorizaba en este caso á proceder con una precipitación que privaba de buscar y descubrir el cómplice, y de carearle con los acusadores y con el acusado. Por fin, aunque la situación de pueblo desterrado pusiese algunas trabas á la marcha acostumbrada de la justicia, ¿acaso la desgracia no tiene también sus derechos, y las formalidades no podían hallar un suplemento en la compasión?

Mas la opinión de la asamblea cedió sin duda ante la consideración que le merecían unos hombres graves, que pedían justicia en nombre de la moral ultrajada. Creyóse en un testimonio dado por ancianos y por jueces: porque entre los israelitas, aun mas que en los otros pueblos de la antigüedad, la vejez imponía un absoluto respeto, y la fuerza y la actividad de la juventud se inclinaban ante la experiencia y la majestad de las canas. Y ¿cómo pensar, de otra parte, que en la acusación intentada por aquellos dos hombres, hubiese un cruel abuso de un ministerio público y sagrado, una cobarde venganza de la iniquidad burlada? En consecuencia declaróse á Susana culpable, y fué condenada á muerte. Ya se conoce con qué rigor las leyes hebreas velaban sobre el respeto del lazo conyugal y sobre la pureza de las familias.

Susana no supo encontrar una prueba mayor de su inocencia que callar delante de los hombres; porque hay acusaciones que desconciertan la virtud, y que ésta no sabe repeler sino por el silencio: la voz tiene su pudor, y el silencio su espresion. Pero al mismo tiempo aquella amable y suavisima víctima de la calumnia invocaba á Dios, á quien puede hablar siempre la mas casta y cundorosa timidez. Y dijo: "Dios eterno, vos que penetrais en lo mas oculto de los hechos, y á quien están patentes todas las cosas, antes aun de suceder, vos sabeis que estos hombres han levantado contra mí un testimonio falso, y ved ahí que muero sin haber hecho nada de lo que maliciosamente se me imputa." Escuchó el Señor esta súplica, que partía de unos labios puros, y de un corazón lleno de confianza, y socorrió al oprimido.

Un jóven, nombrado Daniel, fué el instrumento de que se valió la Providencia. Hallábase interiormente movido por una divina y profética luz que le dió á conocer la calumnia, y los medios de burlarla. Escuchó, pues, delante de todos: "Inocente seré yo de esta sangre que va á derramarse." Y todo el pueblo se dirigió entonces hácia él, y le dijo: "¿Qué significa esta palabra que acabas de pronunciar?" Y añadió Daniel des-

de en medio de la multitud: "¿Tan insensatos sois, oh hijos de Israel, que sin exámen ni forma de juicio, sin conocer la verdad del hecho, condenais á una hija de Israel? Volved al tribunal, porque éstos han dicho contra ella un testimonio falso." Retrocedió, en efecto, á toda prisa el pueblo, ó porque Daniel, versado en todas las ciencias de los caldeos, gozaba ya de una grande autoridad entre sus compatriotas, ó ya mas bien porque descubriesen en él alguna señal extraordinaria, como cuando la multitud, por instinto providencial, adivina y saluda en los grandes peligros al hombre de genio que envía Dios para conjurarlos y vencerlos. Por su parte los ancianos dijeron á Daniel: "Ven y séntate en medio de nosotros, é instrúyenos, porque Dios te ha concedido la misma hora que á los ancianos." ¿Pretendian ellos desafiar, ó doblegar al jóven magistrado? ¿Era aquello una ironía, ó una tímida adulación?

Sea como fuere, Daniel dijo á la asamblea: "Separad estos dos el uno del otro, y yo los examinaré." Y despues de separados, dirigiéndose al primero: "Hombre envejecido en la maldad, le dijo el profeta, hoy van á quedar patentes y castigadas las iniquidades que hasta aquí has cometido, pronunciando injustas sentencias, oprimiendo á los inocentes y librando á los malvados, á pesar que el Señor tiene dicho: *No harás morir al inocente ni al justo.* Ahora, pues, si esta muger es criminal, debajo ¿qué árbol le viste hablar con su cómplice?" Y respondió el viejo: "Bajo de un lentisco." "Pues bien, replicó el inspirado juez, tu mentira recaerá sobre tu cabeza, porque el ángel ejecutor de los decretos divinos, te partirá de por medio." Es muy de admirar, sin duda, que el viejo no comprendiese á qué objeto se dirigía una pregunta tan precisa, ó que no supiese dar á ella una respuesta evasiva. Pero parece verdaderamente que los desórdenes de la voluntad tienen su eco en la inteligencia, y que la sabiduría del espíritu abandona á los que han consentido en perder la sabiduría del corazón, permitiéndolo así Dios algunas veces para detener el curso insolente de una prosperidad viciosa.

El segundo viejo vino despues á sufrir su interrogatorio. Dijo Daniel: "Raza de Canaan y no de Judá, la belleza te ha fascinado, y la pasión turbó y pervirtió tu espíritu. Así es como te portabas con las hijas de Israel, las cuales por miedo condescendian con tus deseos; pero esta hija de Judá no ha sufrido tu insulto. Dime, pues, ahora, ¿bajo qué árbol la viste hablar con su cómplice?" "Bajo una encina," respondió el viejo igualmente poseído del mismo vástigo. "Pues bien, repuso Daniel, tu mentira caerá del mismo modo sobre tu cabeza: el ángel del Señor te está esperando con la espada en la mano para despedazarte, y haceros morir á entrambos."

A vista, pues, de una contradicción tan palpable, la asamblea entera arrojó un grito de indignación, y bendijo al Señor, en el cual los aflijidos jamás confían en vano. Todos á la vez se levantaron contra los viejos infames que Daniel acababa de convencer por su propia boca, y siguiendo la ley de Moisés, se les hizo sufrir la pena que ellos habían hecho caer sobre la cabeza de Susana: fueron, pues, apedreados. La gloria de la inocencia, un momento cubierta por la calumnia, recobró su natural esplendor. Helcias, Joakim y todos sus amigos dieron gracias al cielo, no tanto por haberse salvado la vida de Susana, como por haber quedado intachable su virtud; pues una cosa hay mas grata que la familia, y mas querida que la existencia, y es el honor.

La penetración que Daniel habia manifestado en el proceso de Susana, le dió un grande crédito entre el pueblo, así como sus bellas calidades le habían grangeado la estimación y el afecto del rey de Babilonia. Además, la Escritura santa encenia por una rara y gloriosa distinción su santidad y su sabiduría. Tuvo el don de profecía, ante sus ojos se rasgó el velo del porvenir: describió en sus raptos proféticos los destinos de las monarquías que debían preceder el reino universal de Cristo, la marcha rápida de Alejandro, la muerte precipitada del conquistador, y la repartición de sus estados. Refirió anticipadamente las guerras de los reyes de Egipto y de Siria, sus alianzas seguidas de rompimientos, y sus reconciliaciones envueltas en artificios. Sufrió en defensa de las leyes religiosas de su patria, fué espuesto al furor de los leones famélicos, que se amansaron delante de él, y su nombre ha quedado grande en la memoria de todos los pueblos cristianos.

Muchos pintores han tratado el asunto de Susana sorprendida en el baño por los viejos, pero con mas ó menos decencia en la ejecución, que no puede aprobarse bajo el punto de vista moral, por la intención que en ella se descubre, aunque de otra parte merezca á veces ser alabado bajo el respeto artístico. Con mas frecuencia se ha reproducido el episodio de Susana justificada, asunto mucho mas elevado, y que presta tambien mucho mas á la grandiosidad de la composición; como se dió á los discípulos que concurrieron al grande premio de Roma en 1791. El premio fué ganado por J. Reattu de Arles; su cuadro hizo sensación, y ha quedado como uno de los mas bellos de la colección de grandes premios de Roma, y se vé tambien en la escuela de Bellas Artes de París. Lástima que no sean bastante conocidas las composiciones de Reattu, que puede mirarse como uno de los mas hábiles compositores de la escuela moderna.



A. F. G. del. sculp.

La mujer del levita de Efraim.

L. G. del. sculp.



LA MUGER DEL LEVITA DE EFRAHIM.

. . . . Foror ingenti circumdata nocte
Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.
(VIRGIL. Georg. IV.)

Sex relativo y limitado, alma y cuerpo á la vez, el hombre goza solo de una libertad inconstante y debilitada, ligada siempre con los lazos de los sentidos y vencida amenudo por viles apetitos. Hijo empero de lo absoluto y nacido para entrar en la senda de la felicidad, por el mérito, acuérdate el hombre de vez en cuando de su origen y camina recto hácia su fin, desplegando una prodigiosa energia. Como el Océano, que á los impulsos de una tormenta abre sus minacas abismos ó levanta hasta el cielo sus ondas bramadoras, la conciencia humana agitada y desnuda por las pasiones, deja ver en sus profundidades algo de infernal, ó va á tocar con lo infinito por la repentina impulsión de sus arranques sublimes. Con siderando, empero, este espectáculo en actos colectivos y que pertenecen

á naciones enteras, toma proporciones colosales que llenan de asombro y de estupor. ¿Qué hay, por ejemplo, más sorprendente que al ver la antigua Roma jurar sobre el puñal de Lucrecia el ódio y la estincion de la dignidad resi torpemente mancillada, arrastrar á todos sus hijos en una formidable protesta contra el insulto hecho por uno de ellos á la castidad conyugal, ó inaugurar su grande república vindicando el honor de una muger? ¿No parece, que en ciertos dias la humanidad quiere borrar los delitos de todo un siglo, despegar de la corrupcion de sus costumbres la pureza de sus creencias, y formarse un corazon nuevo pasando por un bautismo de sangre y de lágrimas?

Hay en la historia de los hebreos un hecho semejante al que sublevó á Roma contra los tarquinos. Este hecho fué seguido de una represion mas terrible, aunque no trajo consigo consecuencias tan graves en el órden político. Cierta levita habitaba en el pais de Efraim. Investidos de una verdadera magistratura y juntamente de un ministerio sagrado, intérpretes y guardas de la ley que era política y religiosa, los levitas debian hallarse en relacion permanente con todos sus conciudadanos. Por esto Moises los habia escluido de la reparticion de las tierras y dispersado por toda la estension de la república y entre las diversas tribus en vez de señalarles un lote ó porcion separada. Por lo demas, ellos entraban por todos lados en el derecho comun, cuyas cargas debian sostener y cuyo beneficio podian invocar. Así que, el levita de Efraim, aprovechando la tolerancia del legislador, tenia dos mugeres, y la que tenia el titulo de esposa secundaria ó de segundo órden, era de Bethlehem de la tribu de Judá.

Un dia esta muger dejó á su marido, no se sabe de fijo el motivo, y volvióse á Bethlehem en la casa paterna. Esta separacion podia muy bien ser producida por rencillas domésticas, ó por aquella especie de emulacion casi inevitable en el sistema de poligamia; al modo que Agar se vió por fin obligada á abandonar la casa de su esposo Abraham, por la rivalidad de Sara. Cuatro meses habian ya transcurrido, cuando el levita tanteó una reconciliacion; bien sea que él reconociese haber faltado, y desease reparar sus faltas dando los primeros pasos; bien sea que la fuerza de la pasion, la debilidad del carácter, la fuerza sola de la virtud le impulsasen á mostrarse condescendiente. Partió, pues, llevand consigo un servidor y dos bestias de carga, cargados de provisiones. ¿Deberémos creer, que por su parte la muger, despues de haberlo reflexionado, no aguardaba mas que un pretexto plausible para entrar en negociaciones de paz, ó bien que su natural vivo, pero incapaz de guardar el rencor, se ablandó y desurmó á vista de una concesion? Sea có-

mo quiera, no afectó por cierto encastillarse en un desdenoso orgullo, para imponer desde allí costosas exigencias y reducir á su humillado esposo á una especie de capitulacion: pasa á informar á su padre de tan inesperada como feliz visita, y éste dió á su yerno una acogida de agrado y de benevolencia. La conciliacion entre los dos esposos terminó por festines domésticos que duraron tres dias consecutivos.

En la mañana del cuarto dia se preparaba el levita á regresar á los montes de Efraim; pero se interpuso el suegro, y no quiso que saliesen los viajeros antes de haber tomado algun alimento; y aun mas, hizo tales instancias durante la comida, que se le concedió toda la jornada entera, y que la marcha quedase diferida hasta el dia siguiente. Llegado éste, se renovaron nuevas y encarecidas instancias. “Te ruego, decia el habitante de Bethlehem á su huésped, que tomes algun alimento y rebagas tus fuerzas para partir cuando haya calmado el calor.” No pudo resistir el levita; con todo, como la comida y la conversacion se fuesen prolongando, levantóse, á pesar de los ruegos de su suegro que afectosamente insistia. “Ya vés, le dijo, que el dia está muy adelantado y que se acerca la noche: quédate tambien hoy conmigo, y pasa el dia alegremente, que mañana partirás para regresar á tu casa.” El yerno se mostró por fin inflexible, pertinaz, como sucede algunas veces, cuando insistiendo tenazmente en resoluciones combatidas, marchamos por nosotros mismos ó arrastramos á otros á una catástrofe.

El levita, su muger y su criado salieron de Bethlehem un poco tarde; y despues, á dos leguas de allí, cerca de la ciudad ó castillo de Jebus, que fué posteriormente Jerusalem, y en donde los cananeos idólatras permanecian todavia, propuso el criado detenerse para pasar la noche. Mas á ello se opuso el levita. “No entraré yo, dijo, en poblacion de gente estrana, en que no habitan los hijos de Israel, sino que continuaré hasta Gabáa, y allí nos quedarémos, á menos de adelantar hasta Rama.” Dejaron, pues, los viajeros á Jebus á un lado, y siguiendo su camino, llegaron al ponerse el sol á Gabáa, en la tribu de Benjamin. Sentáronse en medio de la plaza pública, aguardando á que, segun costumbre de su nacion, viniese alguno á ofrecerles hospitalidad. Las casas públicas del hospedaje no eran del todo desconocidas en aquel tiempo; pero se hallaban muy pocas, pues no habia prevalecido todavia la costumbre de vender el pan y el reposo al extranjero.

Ningun habitante de la ciudad tuvo compasion de los tres peregrinos. Con todo, al entrar la noche presentóse un anciano, que era tambien de la montaña de Efraim, y desde algun tiempo habia fijado su domicilio en Gabáa. Y viendo al levita sentado en medio de la plaza, al lado de su

pequeño bagaje, le preguntó: "¿De dónde vienes y á dónde te diriges?" —"Hemos partido de Bethlehem en Judá, contestó el levita, y regresamos á nuestra casa, que está al lado de la montaña de Efraim, y nadie quiere darnos hospedaje: tenemos paja y heno para las bestias, y pan y vino para mí, mi muger y el criado que me acompaña: no necesitamos sino posada." —"La paz sea contigo, respondió el anciano, yo te daré todo lo que necesitas: ruégote tan solo que no permanezcas mas en esta plaza." Hizo, pues, entrar á los viajeros en su casa, y les prodigó todos los cuidados de la hospitalidad; porque el corazon virtuoso de un viejo queda siempre joven, y sabe dar á los servicios que presta y á los trabajos que completa bajo el peso de los años, un cierto aire de interés y de majestad que conmueve las entrañas: parece que su corazon reboza por sobre sus órganos debilitados, á la manera de un generoso licor que se escapa de un vaso demasiado estrecho.

Vamos á entrar otra vez en aquellas repugnantes escenas, que parecia haber dejado ya sepultadas las llamas de Pentápolis: entreabrir debemos otra vez aquellas llagas asquerosas que afrentan á la humanidad. Tras los horrores de la mas nefanda corrupcion, siguen los horrores de la venganza y del carnaje. El pueblo e-cojido, el pueblo predilecto y amparado de Dios, y puesto bajo la custodia de su mano poderosa; aquel pueblo que solo tenia que observar la ley de los pueblos en prosperidad y en reposo, vuelve á parecer á nuestros ojos como una horda inmensa de salvajes, poco menos que antropófagos, abandonados á todas las infamias de la carne y á todos los desgües de la última barbarie. Bien se deja ver cuán necesaria era al mundo la presencia del Hombre-Dios, que hubiese estampado su huella divina sobre esta tierra de iniquidad, para restablecer en algun modo la dignidad humana, é infundir á las generaciones de la última época del mundo, cualesquiera que debiesen ser sus extravios, un espiritu de racionalidad y de mansedumbre, que era enteramente desconocido á las edades tenebrosas y embrutecidas de los siglos de espectacion.

Los viajeros estaban tomando en paz su alimento frugal, cuando oyeron llamar á la puerta con grande estrépito, y una confusa y tumultuosa griteria alrededor de la casa. Era una horda de hombres viles é inmundos, que venian para llenar al levita de horribles insultos, y exigir que les fuese entregado, como en otro tiempo los habitantes de Sodoma habian querido forzar á Loth á que les entregase los dos extranjeros que se habian acogido bajo su techo. Salió el anciano con la mayor ansiedad, haciendo presente á aquellos furibundos la enormidad de su comportamiento, recordándoles los derechos de la naturaleza y de la hospitalidad.

Mas cuando el alma abyecta ha interpuesto entre ella y lo que es verdad y virtud, toda la ceguera y frenesí de los sentidos, ¡qué palabra puede moverla, qué luz ilustrarla, qué sentimiento distraerla del fondo de este abismo y de bajo de este fango asqueroso y abominable!

En medio de aquella turbacion, y para cambiar el curso de los brutos pensamientos de la multitud, el viejo se olvidó hasta tal punto, que habló de su hija y de la muger del levita, sin que éste osase oponerse á la propuesta que sustituia un crimen por otro crimen, sino que azorado, intimidado por obstinadas amenazas, previendo que un atentado ú otro era inevitable, y creyéndose quizá poder salvar la hija de su huésped, abandonó y entregó con indigna cobardia su muger en manos de aquella turba corrompida y feroz. Verdad es que los antiguos pueblos se habian unánimemente conjurado para humillar la muger: en unas partes era mirada como la propiedad del hombre: en otras, por un efecto de la poligamia legalmente autorizada ó permitida, no podia elevarse ni mantenerse en el lugar que naturalmente le corresponde y que le concilia el concepto y la veneracion pública; en todos se habia destruido aquel prestigio moral que la rodea como un cerco de honor, y que debe bastar á protegerla contra el insulto. Pero si bien este hecho general atenúa en algo la culpabilidad del levita, está lejos de destruirla. En este punto y en tales circunstancias, tiene el hombre deberes que puede no comprender en toda su latitud, pero que no le es permitido ignorar, de los cuales nada puede dispensarle mientras le quede un brazo que se mueve y un corazon que late.

Al despuntar el dia, la victima, tristemente sacrificada, volvía á la habitacion en donde su marido se habia mantenido bajo tan trágicas condiciones. Vencida, agobiada de oprobio y de dolor, sacó de su desesperacion misma fuerza bastante para llegar al umbral de la casa. Pero allí se cayó muerta, retirándose su alma de un cuerpo, al que no habia podido eficazmente proteger, á la manera que un guerrero, rendido por la victoria, deja el suelo de su patria cuando la fortuna de las armas parece haberlo puesto sin remision bajo una dominacion extranjera.

El levita solo pensaba en salir lo mas presto posible de una ciudad en donde se gozaba de tan poca seguridad, y con esta idea, quiso abandonar la casa desde la mañana. Advierte, empero, de repente sobre el umbral de la puerta á su muger tendida en tierra, con las manos estendidas como para implorar venganza. Por de pronto la creyó dormida y le dijo: "Levántate y partamos." Pero viendo que no tenia movimiento ni daba respuesta alguna, reparó con asombro que á su vista no tenia mas que un cadáver. Tomó, pues, aquellos restos inanimados, los puso sobre una de

sus bestias de carga, y regresó á su morada de Efraim. El exceso de su infortunio le dió en alguna manera una fria y bárbara energia; pues es propio solo de las débiles pesadumbres el hablar y el llorar.

Apenas llegado, armóse de un cuchillo, y dividió el cadáver en doce partes, que envió á cada una de las doce tribus de Israel. Un dolor simpático respondió á este sangriento mensaje, y levantóse un grito unánime de indignación. "No, clamaban todos á una voz, nunca jamás se ha visto cosa semejante en Israel, desde el dia en que salieron de Egipto nuestros padres hasta ahora: decid, pues, vuestro dictámen, y resolved en comun lo que debe hacerse en este caso." ▲ los ancianos del pueblo correspondía tomar una resolucion, despues de haberse puesto de acuerdo, porque tanto los intereses de la ciudad como los de la tribu y de la nacion entera, eran gobernados por ellos, en especial cuando el país no tenía, ni rey, ni juez ó dictador. Pues en aquel tiempo el país ni aun conocia los reyes; y plenamente tranquilo, así en lo esterior como en lo interior, no estaba bajo la suprema autoridad de un juez, sino que cada cual usaba á su sabor de la plenitud de sus derechos.

Levantóse, pues, todo Israel para vengar la querrela de un levita, y desde el Libano hasta los desiertos de la Idumea, desde las orillas del Mediterráneo hasta las montañas de Galaad, una justa indignacion reunió en pocos dias cuatrocientos mil hombres en Masfa en la tribu de Benjamin. El levita fué interrogado sobre el fatal acontecimiento cuya reparacion con tal empeño se emprendia. "Llegué á Gabáa de Benjamin con mi muger, respondió el ofendido esposo, y allí me aposenté: cuando he aquí que algunos hombres de aquella ciudad cercaron la casa en donde posaba y quisieron matarme, y abusaron de mi muger con tan furiosa é increíble brutalidad, que por último vino á morir. Tomándola luego yo, dividi en trozos el cadáver, y enviélos á todos los términos de vuestro territorio, atendido á que nunca jamás un crimen tan horrible fué cometido en Israel, ni tan abominable exceso. Presentes estais todos aquí, oh hijos de Israel: resolved, pues, lo que debéis hacer." A lo cual todo el pueblo que allí estaba respondió á una voz, como si hablase por boca de un solo hombre, que nadie volveria á entrar en su tienda ni se retiraria á su casa, hasta que fuesen esterminados los culpables, y que lo ejemplar del castigo hubiese borrado la enormidad del crimen.

La tribu de Benjamin, á la cual pertenecia Gabáa, no habian enviado representante alguno á la asamblea general. No obstante, antes de proceder á su esterminio, se resolvió hacerle proposiciones, y exijirle una satisfaccion. En esta parte no dejó de procederse con justicia, y esta consideracion atenúa en gran manera la terrible venganza que despues

tomó Israel de aquella tribu pertinaz y culpable. Enviaron á ella delegados para que les dijese en nombre de toda la nacion ultrajada: "¿Cómo se ha cometido entre vosotros tan detestable maldad? Entregad los hombres de Gabáa que perpetraron el crimen para que lo expien con su vida, y se quite de en medio de Israel ese escándalo." Es ya sabido que los hebreos habian sido constituidos por Moisés en una especie de república federativa, en la cual el interés particular de las tribus debía siempre ceder al interés general y al principio de unidad. Pero ya sea que las relaciones de cada una de ellas con el resto de la nacion no estuviesen bien demarcadas, ya sea que para conservar estas relaciones se necesitasen un valor y una virtud dificiles y raros, mas de una vez estallaron sangrientas divisiones entre las tribus, y poco faltó para que las precipitaran en una total ruina. Así en aquellas circunstancias la tribu de Benjamin, queriendo conservar su libertad de accion, y el derecho de formarse su policia interior, no se prestó á unas invitaciones que, apoyadas de otra parte en cuatrocientos mil combatientes, se parecian demasiado á un mandato. Atrevióse, pues, á correr el riesgo de una lucha prodigiosamente desigual, llamó á sus guerreros, y reunió veinticinco mil. Eran bravos y esforzados, y habia en particular setecientos hombres de Gabáa, resueltos, intrépidos, y que manejaban la honda con asombrosa precision. Mas, ¿qué podia en definitiva tan débil ejército, contra tan formidables masas?

A la verdad el buen éxito no se declaró desde un principio ni por el número ni por la buena causa. La tribu insurreccionada habia reunido sus tropas en Gabáa; púsose el sitio á esta plaza, pero con tal presuncion y negligencia, que sufrieron los sitiadores pérdidas considerables en dos inesperadas y vigorosas salidas que hicieron sus habitantes. La desgracia suele ser una saludable disciplina: conocióse la necesidad de batirse en regla, y de no prescindir de las leyes de la prudencia. Merced á un empeño mal sostenido y á una calculada huida, se atrajo á los sitiados hácia la llanura, en donde fueron envueltos por un cuerpo de tropas puestas en emboscada. La valiente tribu perdió por fin el valor: el incendio de su ciudad que divisaba á lo lejos, las fuerzas superiores que se desplegaban á su alrededor le mostraron que acababa de desvanecerse toda esperanza de vencer ó de escapar; pero no pudo resolverse á abandonar el campo de batalla, sin dejar en él diez y ocho mil hombres: lo restante se dirigió al desierto para buscar allí un asilo. Esparcidos, aislados estos infelices, perecieron casi todos en la derrota, y solo seiscientos pudieron evadir el inexorable cuchillo de sus hermanos, ganando el

peñasco de Remmon, en donde pasaron cuatro meses en medio de privaciones y de angustias.

Los vencedores, llenos de furor y abrasados en la sed del carnaje y de la matanza, destruyeron la ciudad criminal, despues de haber pasado á cuchillo á sus habitantes sin distincion de edad ni de sexo. Y no pararon aquí, sino que estendiendo su venganza á toda la tribu de Benjamin, inmolaron, como en Gabáa, no solamente á los hombres de armas llevar, sino hasta los viejos, las mugeres y los niños. Habian jurado dar la muerte á todos cuantos no habian acudido á la reunion de Masfa, y á los que tal vez quedasen en vida, no darles en matrimonio á las hijas de Israel. Tan duro juramento, dictado por un celo irreflexivo y bárbaro, fué puesto en ejecucion con una puntualidad aterradora; la tribu casi entera desapareció anegada en su propia sangre.

Aparte del horror natural con que el mundo moderno contempla al través de tantos siglos estas repugnantes escenas del antiguo mundo, y de los considerables pasos que ha dado la humanidad regenerada en el respeto y miramiento á la dignidad y á la vida del hombre, merced á la transformacion del mundo moral debida á la venida del Redentor; hay que hacer algunas consideraciones acerca estos acontecimientos remarcables y ruidosos, mirándolos bajo el prisma de la época y circunstancias á que se refieren; en lo cual acostumbra ser bastante infiel la critica de hoy dia, olvidándose amenudo del grande trecho que de aquellos nos separa, y apreciándolos como se pudieran apreciar ahora, sin hacerse cargo del estado en que se hallaban entonces las ideas y los sentimientos de los hombres.

Esta falta de criterio en apreciar los hechos, remontándonos al estado de los espiritus cuando aquellos sucedieron, se deja notar en casi todos nuestros escritores y autores de historia. Tuvimos ya ocasion de hacerlo notar en la *Palabra académica* que tributamos á la memoria del ilustre Balmes. Genios vastos y fantasias brillantes han incurrido en el grosero error de desvirtuar el verdadero móvil que impulsó el brazo español á principios de este siglo para luchar con denuedo y con un heroismo casi temerario contra el guerrero del siglo, el sojuzgador de la Europa. Este móvil, se empeñan en que fuesen elementos políticos que la nacion apenas conocia; cuando el primer elemento fué el principio religioso y el segundo el principio patriótico, pero un patriotismo identificado con el amor al rey y á las arraigadas instituciones monárquicas. Esta es la verdad del hecho, prescindiendo por ahora de toda calificacion; lo que en contrario quiera suponerse es cuando menos un error histórico, imperdonable en escritores españoles que afectan desconocer la nacionalidad española. Y

si tan reciente acontecimiento, que pasó á nuestros mismos ojos y del cual conserva vivos recuerdos una parte de la actual generacion, de tal modo se altera y desvirtúa ya entre nosotros, ¿qué será de la edad media, de la dominacion de los bárbaros, de los imperios alzados sobre las ruinas del mundo romano, de las épocas anteriores al imperio de los Césares y de Rómulo? ¿qué será de aquellos tiempos que reproducimos ahora, mas de doce siglos antes de la venida al mundo del gran Reparador? Los rigores que acaban de horrorizarnos en Israel traspasan sin duda la medida de un castigo legítimo: no es por cierto una represion que cae sobre los culpables, no solo con firmeza sino tambien con discernimiento y aun sosegada gravedad; es la justicia llevada por un furor salvaje, haciendo una ciega aplicación del principio de la culpabilidad en conjunto, é hiriendo con igual cuchilla la inocencia y el crimen, porque habitan en el mismo suelo y respiran en la misma atmósfera; como si destruir y anivelar fuese lo mismo que reparar y poner el equilibrio. ¡Tanto dista esta táctica feroz del principio que domina como un elemento de caridad en toda legislacion cristiana: mas vale dejar impunes mil culpados, que castigar á un inocente! Sin embargo, y á pesar de todas estas reflexiones que gravitan con todo su peso en la balanza de nuestro juicio; se faltaria en admitir sobre este punto, como sobre muchos otros, el fallo de aquellos escritores sin pudor, que han procurado mancellar por su parte las páginas de la Biblia con el veneno de sus odiosas declamaciones, y desfigurado cobardemente la historia del pueblo de Dios, creyendo haberlo dicho todo solo con haber pronunciado la palabra fanatismo. Porque no es difícil comprender que una nacion nueva aún y áspera en sus costumbres, que pertenece á los siglos mas rudos de la antigüedad, haya apelado á rigores escesivos cuando se trataba no solo de vengar el honor y la muerte de una muger, sino tambien de sofocar la tentativa de una peligrosa separacion, y de prevenir con una ejemplar severidad los ulteriores conatos que tendiesen á destrozlar la unidad del cuerpo político por la segregacion ó insurreccion de alguna de sus tribus. Si bien aquel acto nos parece hoy dia monstruoso é inexcusable, es á causa del respeto que se profesa generalmente á la vida humana, y de la tolerancia indefinida que caracteriza á los tiempos modernos. A buen seguro que seria indispensable aplaudir sin reserva semejante progreso, si las convicciones públicas no hubiesen perdido en energia mucho mas de lo que las leyes han ganado en suavidad; y si, proclamando la inviolabilidad de la vida humana en beneficio de los malvados, quedasen garantizadas eficazmente la existencia y la seguridad de los que no lo son. De otra parte, la causa originaria de nuestra mansedumbre disminuye la gloria que ella po-

dria caberos; porque hay la misericordia de la fuerza y la misericordia de la debilidad, y nosotros practicamos especialmente la última. La duda, infiltrándose en las almas, las ha enervado interiormente, como aquellos poderosos reactivos que se emplean para segregar las moléculas de un cuerpo, y que le roban hasta su fuerza de inercia desnaturalizándole. No pudiendo los principios echar sólidas raíces, ni elevarse á la altura de una convicción en almas de tal modo desoladas, doblanse y desaparecen bajo el huracan de las revoluciones, que se precipitan sin que nada las contenga. Las revoluciones, arrastrándonos en su curso, han hasta tal punto disminuido, mezclado y confundido las ideas, los intereses y los caracteres, los derechos, los deberes y las leyes, que con razon ó sin ella, se pregunta en los dias de crisis, si lo que se mira atacado vale la sangre que se derramaria para defenderlo. En una palabra, el hombre hecho ya flexible y dúctil como un metal á los golpes del martillo, lejos de dar su propia fuerza á los acontecimientos, se deja amoldar por ellos y recibe su imájen; el culto del éxito ha reemplazado entre nosotros al culto de los principios, y así se explica en parte la tolerancia de nuestros contemporáneos. Y aun fuerza es convenir, que no siempre escapan á la necesidad de encarnizarse de una manera horrible; con sola la diferencia, que en este caso defienden intereses, mientras que en otro tiempo se defendian doctrinas. A los que son padres ó hijos de ciertas revoluciones modernas, el rubor debiera aconsejar que se callasen acerca las crueldades políticas ó religiosas de los antiguos pueblos.

Del centro mismo de una desnivelada civilizacion ha fermentado y salido una nueva barbárie: la Europa, á fines del siglo pasado y en el presente ha visto renovarse escenas de atrocidad y de horror, desconocidas en los anales de los siglos: cada dia se invocan y cometen nuevos crímenes que no tienen nombre y por su enormidad estaban fuera de la prevision de la ley; y sin embargo se declara á esta ley por inhumana en sus castigos: existe en el seno de las sociedades cierto gérmen de destruccion y de muerte, que si llegase á desarrollarse en toda la estension y violencia de que es capaz, dejaria muy atrás la ferocidad de los siglos mas bárbaros y de las hordas mas embrutecidas, y se haria casi increíble á las generaciones venideras.

Sea como fuere, los israelitas, vueltos en sí mismos, contemplaron con espanto el horroroso vacío que sus propias armas habian dejado en la nacion. Reuniéronse en Silo, alrededor del Arca Santa, alzando un general planido mezclado con lágrimas, y deplorando la estincion de la tribu de Benjamin, pues quedaba reducida en aquel entonces á seiscientos hombres refugiados debajo del peñasco de Remmon. Mandóse á estos des-

graciados un mensaje con palabras de fraternal concordia, y restablecióse la paz. Pero la cuchilla habia hecho percer á sus mugeres, y en Masfa se habia prestado el juramento de que los benjaminitas no las encontrarían en las demás tribus que habian sido fieles; y es de advertir, que aquella nacion singular anteponia el juramento mas irreflexivo á los mas formales preceptos del derecho natural. Así es que para proyect de mugeres á los hombres de Benjamin, les dieron las doncellas de Jabes de Galaad, que fué inexorablemente destruida por no haber enviado soldados á la expedicion general. Pero éstas no bastaron para todos; y en tal conflicto, temerosos los ancianos de Israel de que no se acabase una tribu, casi del todo destruida, y habiendo dicho ántes: Maldito sea el que diere alguna hija suya en matrimonio á los hijos de Benjamin, invitaron á éstos á tomar un partido semejante al que, siete siglos despues, tomó Rómulo para dar mugeres á sus soldados y poblar el reciente imperio que habia fundado. "Ahora viene, dijeron, la solemnidad del Señor que se celebra todos los años en Silo, en la llanura situada al Norte de la ciudad de Bethel, y al Oriente del camino que desde Bethel conduce á Siqueem y al Mediodía de la ciudad de Lebona. Escondeos, pues, en las viñas; y cuando viéreis venir á las doncellas de Silo, segun costumbre, á formar sus danzas en esta llanura, salid de repente de las viñas, y cojed cada cual una para muger, y marchaos á la tierra de Benjamin: porque cuando vengan sus padres y hermanos, y comenzaren á querrellarse contra vosotros y acusaros de esta violencia, nosotros les diremos: Tened lástima de ellos, pues no las han tomado como los vencedores toman las cautivas por derecho de guerra, sino como esposos, que despues de haberlas pretendido con ruegos, no se las disteis, y así la culpa de la violencia es vuestra." Hiciéronlo así los hijos de Benjamin como se les habia mandado, y cojieron de las doncellas que danzaban cada cual una para esposa suya, y fuérouse á su tierra, y reedificaron las ciudades y las poblaron.

Esta fué una estratagema de los ancianos de Israel para dar mugeres á los benjaminitas, sin romper el juramento que habian hecho todas las tribus de negarles sus hijas en matrimonio. No podia decirse que los padres de las hijas arrebatadas fuesen perjuros, porque no sabian el ardíd, y no dieron sus hijas, sino que les fueron robadas, y antes se las habian negado. Así, pues, se salvaba el perjurio y se proveia al bien comun.

Aquella tribu, pues, compuesta de seiscientas familias, se multiplicó gradualmente y reedificó sus ciudades arruinadas; pero quedó siempre débil y poco numerosa; hasta que, á partir desde el reinado de Salomon, se eclipsó para la historia, incorporándose en la tribu de Juda, cuyo nom-

LAS MUGERES DE LA BIBLIA.

bre, no sufriendo rival y conservándose esclusivo, llenó con su sola celebridad los anales del reino.

Tal fué la trágica reparacion que los israelitas ofrecieron á la muger del levita de Efraim: pocas victimas inocentes llamaron sobre su tumba una hecatombe mas solemne, y una mas lúgubre expiacion. Y aunque sean de lamentar los escesos á que se dejó llevar por el hecho una venganza legítima en su principio, hay en esta severidad misma y échase de ver en este inmenso trastorno de toda una nacion armada por el honor de una muger, algo de impotente para el alma reflexiva. Sobre todo, no sin graves motivos envia la Providencia tan terribles lecciones á la insolencia y á la brutalidad de ciertos crimenes. La inmoralidad es para los imperios una de las causas mas activas de su ruina: ella socava un abismo bajo las dinastías reales y enerva el brazo de los pueblos: ella marcha dando la mano á la incredulidad, que insulta todos los derechos y se desentiende de todos los deberes: ella corroe el seno de las sociedades hasta el dia en que, tocándolas el dedo de Dios, y soplando por defuera el viento de su indignacion, las derriba hundiéndolas y ahogándolas en el cieno.

